

Julio 18, 2020

Queridos Hermanos y Hermanas:

El pasado lunes viaje al norte, a Utah, para visitar a mi tía y a mi tío que viven en un lugar rústico y hermoso. Durante estos años los he visitado, aunque no con frecuencia, y siempre he disfrutado de esta remota región. Mi tía y mi tío viven en una casa acunada en una cañada, rodeada por la naturaleza con toda su belleza. Su hogar siempre ha sido para mí un lugar de reposo. En verdad, la visita casi siempre ha tenido carácter de retiro más que de vacación. A los dos tíos les gusta el jardín, los jardines, y éstos muestran su especial belleza los meses de verano. Mis tíos tienen la encantadora costumbre de alimentar a los colibríes, así que éstos han hecho de ese lugar su residencia temporal. Si hay alguna parte para practicar la distancia social, este sitio es el indicado...



Sin embargo, el trabajo me esperaba aquí cuando el pasado lunes el Gobernador Newsome anunció un incremento de restricciones, y, como resultado, hubo cambio en nuestros esfuerzos aquí en Lourdes y el equilibrio entre lo que queremos y lo que necesitamos hacer. Me encuentro más que desalentado. Porque desde mediados de marzo hemos trabajado duro como comunidad para hacer lo mejor que podemos para disminuir la propagación del COVID-19 y para modificar conductas que protejan a quienes están a nuestro alrededor. Parecía que habíamos avanzado. Nuestra clausura primera del edificio del templo trajo dificultades para quienes forman la comunidad de fe. El culto divino público se suspendió. Empezamos a usar la tecnología haciendo videos accesibles a los fieles a fin de que la misa se viviera por la pantalla; en ella se da el familiar confort del tono sonoro de voz de Monseñor Peter y la cadencia del P. Dan. Estos esfuerzos, aunque no hacían de nuestras Eucaristías la mejor experiencia - nos permitían reflexionar y considerar lo que la santa misa es para todos, y tal vez nos ayudaba a considerar que no le dábamos la importancia debida. Nadie esperaba que la clausura de nuestra iglesia se prolongara por tanto tiempo.

Luego tuvimos la dicha de re-abrir el edificio para el culto divino público, aunque admitimos que nos parecía una experiencia un poco diferente. No regresábamos a un culto como lo conocíamos, pero sentimos cierta confianza de que al menos dábamos los primeros pasos para volver a la vida normal de nuestra comunidad de fe; y los pasos se dieron bien. Nos ayudaron a crecer. Formamos nuestro comité para estudiar el plan de re-apertura, desarrollando protocolos para cuidar a nuestra comunidad que volvía a reunirse, gracias a estrategias, logística y materiales...

Todo esto iba muy bien y, en general, la mayoría de los que se reunieron para el culto público trabajaron y crearon un ambiente y un contexto seguro dentro de lo posible. Ya he expresado mi profunda gratitud a los maravillosos voluntarios que ayudaron a hacer la re-apertura posible con su colaboración y entusiasmo.



Así que las noticias de Sacramento me parecieron de muy mal gusto... No eran enteramente inesperadas, admito, pues yo seguía los datos que el Departamento de Salud Pública daba diariamente a conocer y sabía del incremento del COVID-19, con su fatal resultado de infectados y muertos. No obstante, me atrevía a esperar que estuviera en error y que mi sospecha de mayores restricciones fuera sólo imaginarias. En efecto, las nuevas restricciones llegaron. Estamos llamados a ir más al fondo, a trabajar más que antes, a fin de controlar la expansión de la pandemia. Nuestro entusiasmo para re-abrir era prematuro, lo sabemos ahora, cuando parece que hemos retrocedido, llegando a un punto que debilita nuestra esperanza de re-abrir las iglesias, pero también nuestra economía y nuestras escuelas. Podríamos enfrentar mayores retos en los próximos días, pero los esperamos fortalecidos por la fe, la esperanza y el amor.

Ayer se anunció que las escuelas del Condado de Los Angeles no se abrirán con alumnos presentes y nos cuesta aceptar esta medida, porque en vez de prepararnos para dar la bienvenida a los estudiantes en las escuelas, las universidades y a los estudiantes del Programa de Educación Religiosa, el próximo mes, se dan nuevas instrucciones para la enseñanza a control remoto. Se nos permite llevar a cabo la liturgia fuera del edificio del templo. Y no dudo que en las próximas semanas y meses tengamos que hacer nuevas, creativas e inimaginables adaptaciones con las que cumpliríamos.

Durante mi ausencia, el P. Dan se ha ocupado en ver las posibilidades para nuestras liturgias afuera del templo. Ya ha visto óptimos lugares y horarios, teniendo presente las temperaturas del Valle. De momento seguimos ofreciendo las misas por ZOOM los domingos por la mañana, pero me adelanto a pensar que los primeros fines de semana de agosto optemos por algunas opciones diferentes que permitan celebraciones con las personas presentes. Además de nuestros videos, el tener la liturgia *al fresco*, será práctica generalizada en un futuro cercano y esperamos que las nuevas condiciones no deterioren los avances logrados y que sigamos observando las normas comunes de protegernos cuando nos reunamos en grupos.

Resoluciones renovadas

Hay muchas voces contrapuestas que en estos días llaman nuestra atención. Es lamentable que haya luchas en comunidades y en la nación ante la amenaza del coronavirus al querer dar una decidida solución al mal. Me parece bien reflexionar en las palabras de San Pablo en su primera carta a los Corintios donde presenta su famosa analogía del Cuerpo y la Comunidad Cristiana. S. Pablo reflexiona sobre la naturaleza de las relaciones entre Cristo y la Iglesia y luego aplica la imagen del cuerpo directamente a las relaciones que existen entre los miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Nos alerta con fuerza contra lo que puede dividir a la comunidad, y exhorta a que cuidemos los unos de los otros como si lo hiciéramos con el mismo de Cristo:

*Para que no hubiera división alguna en el cuerpo,
sino que todos los miembros se preocuparan lo
mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro,
todos los demás sufren con él. Si un miembro es
honrado los demás toman parte en su gozo. (1Cor.12:25-26).*

S. Pablo no nos habla del COVID-19, ni siquiera habla de enfermedad física, sino de la enfermedad de la división. Su instrucción es tan actual para nosotros como lo fue para la gente de Corintio, Grecia, en siglos pasados.

El continuo y significativo crecimiento del COVID-19 aquí en Los Angeles es un llamado a todos para renovar la vigilancia y el cuidado de unos por los otros, desarrollando y manteniendo los hábitos de lavarse las manos completa y regularmente, llevando la mascarilla cuando estamos fuera de casa y entre otras personas, observando la distancia requerida y otros medios importantes. Realicemos estas cosas como expresiones de nuestro cuidado durante la pandemia, participemos en estos cuidados porque es la manera como- en estos días- manifestamos que somos el Cuerpo de Cristo.

Más aventuras de Mollie Loftus

Mi ahijada sigue dándome materia para pensar y reflexionar a pesar de que no he podido estar con ella este verano. Sus padres siguen aprendiendo el equilibrio entre los retos de tener ahora dos niñas en la familia. Yo sospecho que no les es siempre fácil... pero de vez en cuando deben tener también sus momentos brillantes.

Con el nacimiento de Anna, Mollie se está adaptando a la idea de ser “la hermana mayor”, y los papás se adaptan a nuevas necesidades...una de las cuales es, obviamente, la de ampliar el mobiliario en el dormitorio. Los papás visitaron una tienda que se especializa en muebles “rompe cabeza”, que implica el reto de armar las piezas como deban ir, y esto dio a Mollie la ocasión de ayudar. Hay un antiguo adagio que dice: “Sólo trabajo y no juego hace de Mollie una niña insípida, sin gracia...” (el refrán se adaptó). Pero en la foto vemos que Mollie trabaja felizmente al mismo tiempo que juega, todo por el bien del hogar.



La exhortación de S. Pablo y las travesuras de mi sobrina me parece que nos sirven de apoyo referente a los retos que enfrenta nuestra comunidad que encuentra caminos para ambas cosas: lo que es necesario realizarse y el encontrar oportunidades de gozar y celebrar la vida. De otro modo, nos volveríamos demasiado insulsos. Los animo a vigilar nuestros hábitos de precaución y de estar atentos a las maneras en que podemos ayudarnos mutuamente. Y no dejar pasar las oportunidades de servirnos los unos a los otros en amor. Nos puede consolar saber que no importando los retos y luchas que enfrentamos, no estamos solos, sino que estamos unidos como familia en la fe, como familiares de Dios, como Cuerpo de Cristo.

Con este pensamiento, hermanos y hermanas, me despido. Regresaré a la parroquia al final de la semana próxima, contando con renovados esfuerzos que compartimos para continuar dando testimonio de nuestra fe y de nuestro crecimiento como discípulos de Jesús.

Que las bendiciones de Dios sean continuas en todos ustedes.

P. David

